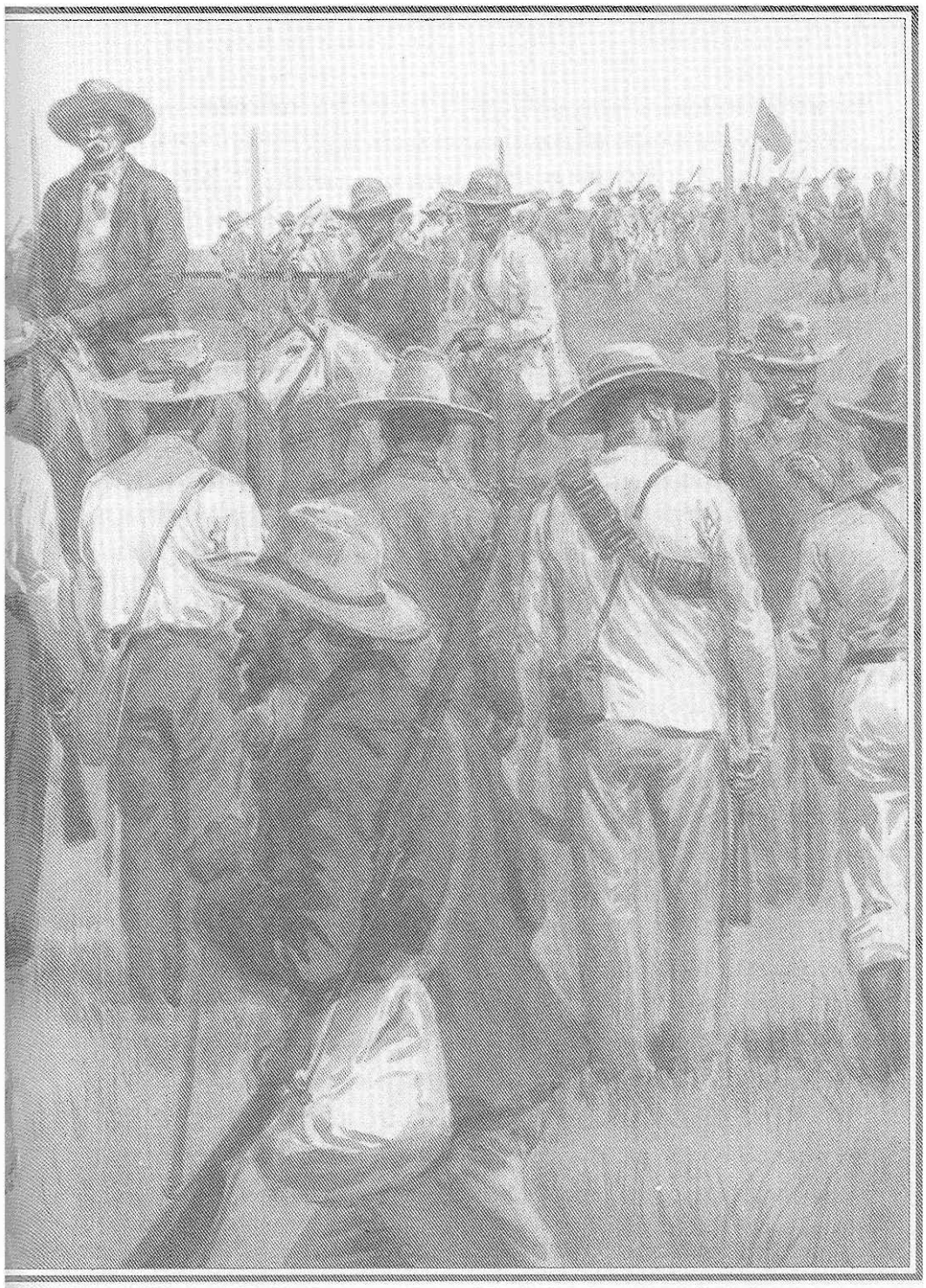

El general Díaz en campaña al frente de sus tropas. Dibujo realizado por Franck Dodd para el periódico estadounidense «The Graphic».

murallas de Chiriquí, ante las luces de la ciudad, enderezaron rumbo a Chepillo para seguir al Cauca, ya libres de zozobras.

Cuatro días después el general Albán penetró en la bahía de La Chorrera en una pequeña gasolina, en cuya proa situó un Colt automático con el deseo de recuperar su *Darién* —el rebautizado *Domingo Díaz*— pero ya se le había esfumado como por arte de magia.

El trajinado mes de noviembre

Pocos días más tarde de haber instalado su campamento en La Chorrera, Díaz nombró al general Fabricio Becerra como jefe de Estado Mayor de la segunda división y al coronel Luis García Fábrega, para el mismo cargo de la tercera. Pero además de reforzar los mandos de su ejército, a Díaz se le ocurrió hacerle una propuesta humanitaria al general Albán, tal vez, fruto de un ardid.

El 12 de noviembre se presentaron en la ciudad de Panamá dos comisionados de don Domingo: los comandantes Rodríguez y Aizpuru Aizpuru, secretario éste último del general Lugo, con el fin de proponer un canje de prisioneros. «El general Albán recibió a los comisionados con diplomática cortesía, y los invitó a comer en palacio; pero su misión no tuvo ningún resultado práctico».[17]

Pero mientras sus comisionados cumplían el sospechoso encargo, Díaz ponía en marcha su ambicioso y arriesgado plan para asaltar las ciudades de Panamá y Colón, para lo cual dividiría su fuerza en dos contingentes:

- El primero, al mando de los generales Cortissoz y Patiño, se movería en dirección a la ciudad de Colón;
- El segundo, bajo su mando, aceleraría su paso hacia la ciudad de Panamá cuando recibiera la noticia —que Cortissoz debía enviarle por el tren a la máxima brevedad posible— de la ocupación del puerto atlántico.

Albán, sin embargo, tampoco se quedaba atrás moviendo sus

fichas: el refuerzo que había pedido al departamento de Bolívar ya había llegado, consistente en los batallones *Sánchez*, de la división *Girardot*; y del *Magdalena*, perteneciente a la división *Sabana*. De modo que con el *Colombia*, el *Granaderos*, el *21 del Cauca*, y el *Quinto de Cali*, contaba ya con un respetable ejército que pasaba de mil hombres.

El sábado 16 por la noche las tropas se embarcaron en la *Boyacá* y algunos veleros que remolcados fueron a Perequeté, Yeguala y Pescaderías, donde trataron de desembarcar a pesar de lo agitado del mar, que amenazaba temporal. En Perequeté —según el gobiernista Velasco— se encontraron con una compañía liberal, que se alejó del lugar no sin antes herir a tres soldados del *Granaderos*.

De acuerdo con De la Rosa, allí aconteció lo siguiente:

«... saltaron fuerzas enemigas por Bejuco y, sin pérdida de tiempo, como medida defensiva, se envió al mayor Buitrago con 15 hombres de caballería, al puerto de Perequeté y en pos de ellos 15 más, con el coronel Hoyos, para que éste al mando de esos 30 hombres, en conjunto, impidiera al enemigo llevar a cabo un desembarque por ese puerto, como habría sucedido si no se hubiera tomado esa providencia, pues el general Carlos Albán intentó realizarlo con todas sus tropas, que fueron rechazadas por el coronel Hoyos, tras un tiroteo que duró hasta el anochecer. Entrada la noche, se envió al batallón *Victorioso* para que relevara al expresado coronel, medida que ocasionó un altercado entre don Domingo Díaz y el general Jesús María Lugo, porque éste se quejaba de que no se le consultó esta orden. Aclarado el incidente, el batallón *Uribe Uribe* ocupó El Coco para que cuidara el camino de Capira, y el *Vargas Santos* La Laguna, para que vigilara el de Cermeño, pero el enemigo después de su rechazo en Perequeté, no dio señales de vida».[18]

La toma de Colón

El sábado 16 el general Patiño marchó con sus ayudantes y otros

subalternos para El Arado, con el objeto de tomar la tropa allí estacionada, sumarla a la que estaba en Santa Clara y así reunir un total de 150 hombres. Poco después se le unió el general Cortissoz.

El conservador Velasco puntualizaba: «Siendo como es la masa del pueblo panameño liberal por lo común, no se puede negar a los revolucionarios que tienen el servicio de espionaje muy bien servido... Nada de extraño que un acto público como la rápida movilización de nuestras tropas sobre el interior fuese sabida a tiempo por Patiño y demás jefes, y que también con admirable celeridad se lanzasen sobre Colón a dar cumplimiento a su antigua amenaza, comunicada oficialmente. Y el momento no podía ser más oportuno. Colón estaba perfectamente desguarnecido».[19]

Allí el Gobierno sólo tenía 40 hombres pertenecientes al *Mompox*, de los que 15 estaban a bordo del *Pinzón*, 15 en el cuartel de la Prefectura y 10 ante las trincheras del Fox River. De manera que para la defensa local sólo debían contar con los agentes de policía y con los vecinos conservadores que quisieran sacrificarse por su causa.

«Visto el momento oportuno para el ataque —explica Velasco— como el águila sobre su presa se lanzaron Cortissoz y Patiño con sus gentes. Al efecto, en el tren de la tarde del lunes 18 en la estación de las Cascadas subieron acompañados del sargento mayor Federico Barrera con los batallones *Iturralde* y *Robles*, pagando todos sus tiquetes de segunda clase...».[20]

Una vez desembarcado todo el contingente en Vapor Viejo, los jefes liberales ordenaron el corte de los alambres telegráficos, que ya también habían cortado en Cascadas, y avanzaron sobre Colón. Como a las siete y media en momentos en que llovía, se lanzaron primeramente sobre los diez soldados que hacían el retén de las trincheras, los que se habían refugiado a causa de la lluvia en una de las casas vecinas. El centinela dio la voz de ordenanza y salió la comisión al reconocimiento. El cabo y los dos soldados que la componían cayeron muertos en el acto. Los revolucionarios siguieron hacia la ciudad. Al cono-

cer la inminencia de peligro, el comandante de la policía, Emilio Linares, auxiliado por algunos civiles se preparó a resistir, pero fueron dominados.

Allí cayeron Laurencio Jaén y Miceno Badiola de la G. (juez segundo del Circuito y escribiente del mismo juzgado, respectivamente); Rubén Río, ex alcaide de la cárcel; el policía Eustaquio López, y Anselmo Muskus, administrador de Hacienda departamental, quien recibió tres heridas y falleció dos días después. El teniente Antonio Baena M. recibió tres heridas, perdiendo un dedo.

Los liberales pasaron después al cuartel de la Prefectura, donde debían estar los diez soldados del *Mompox*, pero lo ocuparon sin ninguna resistencia. En su poder quedaron prisioneros agentes de policía, voluntarios y empleados públicos y entre ellos, el prefecto de la provincia, Fernando Guardia G., los que fueron conducidos a Gatún a los campamentos liberales sobre el río de la Trinidad, donde ya tenían otros presos.

En su posterior informe de los hechos, el comandante Linares destacó: «No pasaré desapercibido un hecho que ha llamado mucho la atención entre nuestros copartidarios, y es que Ricardo Salazar R., teniente que era de ese cuerpo, ingresó en las filas de la Revolución al siguiente día de ser prisionero, y se asegura que el dicho señor Salazar tenía conocimiento de lo que iba a suceder, y no dio parte al suscrito, cometiendo el delito de traición. También contamos el extravío de siete agentes de policía que se marcharon con el mismo delito de traición y entraron en servicio en las filas de los facciosos...».[21]

Así Colón quedó, cuando menos se esperaba, en manos de los revolucionarios.

•

Inesperada tragedia liberal

Aunque los vencedores generales Cortissoz y Patiño y el coronel Triana, sabían perfectamente que en la ciudad de Panamá había poca fuerza, y que el general Albán estaría con su ejército en cercanías de La Chorrera y otros puntos de desembarco, no se hallaban muy tranquilos. Además, la noche y las circunstancias se prestaban lúgubremente para acoger ideas más o menos confusas y medrosas, pues hacía días soplaba un viento tempestuoso y una lluvia tenue pero constante que aumentaba y ahondaba los barrizales del camino.

Por ese mal tiempo, entre otras causas, el buque *Pinzón* con sus 15 hombres, dormía en las aguas del canal, punto más tranquilo que la bahía. La noche era bastante oscura.

Al parecer, los tres jefes creyeron prudente regresar a Gatún en busca de refuerzos y se pusieron en camino. Ya habían llegado a Fox River cuando oyeron el silbato de una máquina hacia el lado de Monkey Hill. Pensando que se trataba de un tren expreso con tropas del Gobierno que venía a reforzar la plaza, junto a tres subalternos se embarcaron en dos frágiles cayucos para evitar un peligroso encuentro. No habían avanzado mucho, cuando la embarcación se volcó y los tres terminaron ahogados. Los subalternos ganaron la orilla y se salvaron para contar la malhadada historia: El silbato que los había amedrentado... ¡era simplemente el eco de una locomotora que hacía el servicio dentro del recinto de Colón!

Tres días después sobre la playa de Colón aparecieron sus cadáveres, apenas identificables por lo horribles y desfigurados.

Por esta inesperada tragedia, el envío de la noticia de la ocupación de la ciudad al general Domingo Díaz se demoró. Demora que para el general De la Rosa fue el factor decisivo que originó el principio del desastre liberal. Tal vez por exagerado, o tal vez buscando un chivo expiatorio, sobre la responsabilidad del sargento mayor Federico Barrera, aquel escribió:

«Penoso es apuntarlo por tratarse de un compañero, ya desaparecido, cuyo sereno valor en posteriores campos de batalla le conquistaron las insignias de general; pero sea porque ignorara, como sí lo sabían Cortissoz, Patiño y Triana, que acababan de fallecer, cuál debía ser la vía por donde debíase enviar al Cuartel General el aviso del triunfo, o por simple imprevisión, cometió el grave desacierto de desechar la del tren y escoger en cambio la extraviada del camino de la montaña, a todas luces contraindicada, que tan caro nos costó. Su imprevisión o lo que fuera, indudablemente, deslustró su triunfo. El aviso de Barrera llegó al Cuartel General el 21, es decir, después de 48 horas de capturado Colón. Esa fatal demora, insignificante en apariencia, causó sin embargo la pérdida de la campaña...».[22]

De la Rosa, jefe de Colón

En consideración de que la posesión de la ciudad de Colón requería gran cuidado, Díaz resolvió que Domingo de la Rosa marchara enseguida a hacerse cargo de esa situación. Incontinenti, acompañado del general Porfirio Sotomayor —que pocos días antes, procedente de Sincelejo, departamento de Bolívar, había llegado a La Chorrera— y su ordenanza, y precedido de un baqueano, tomó el camino de la montaña; 24 horas después, tras un penosísimo viaje, cruzaron el río Chagres, frente a Gatún, y entraron a Colón al anochecer.

Allí encontró que el sargento mayor Federico Barrera, bajo cuyo mando se realizó el asalto final de la ciudad, estaba recluido en la casa de don Porfirio Meléndez a causa de una herida leve que durante la lucha había recibido en una pierna. Por consiguiente, la tropa liberal carecía de la necesaria unidad de mando, no se había organizado la defensa que las circunstancias requerían y la nómina del personal civil estaba para llenarse.

Por ello nombró alcalde de la ciudad al doctor Romelio Campillo, distinguido facultativo; y administrador del Mercado Público a

don Leopoldo B. García; ambos entusiastas copartidarios.

Finalmente, dejando solamente quince hombres armados con su respectivo oficial para guardar el orden en la ciudad, envió el resto de las fuerzas al mando del general Porfirio Sotomayor con destino al puente de Barbacoas, posición casi inexpugnable que él debía ocupar, para que rechazara al enemigo si por acaso intentara atacar.

Mientras tanto, del lado pacífico del Istmo tenían lugar decisivos acontecimientos bélicos...

Los movimientos de Albán y Díaz

Aún no se había consumado la toma de Colón, cuando en la ciudad de Panamá, a las 6 p.m., se rumoraba del hecho como cosa cumplida.

La inquietud aumentó al día siguiente cuando se supo por el tren de todos los detalles, por lo que se temía que ahora los insurrectos liberales se lanzasen sobre la ciudad, que también estaba escasa de fuerzas. Inmediatamente se le envió un expreso al general Albán, quien se encontraba en La Chorrera, a fin de que dispusiera lo más conveniente en tan azarosa circunstancia para el Gobierno. Pero no fue sino el jueves 21, a las seis y media de la tarde, cuando Albán entró en la Gobernación, donde se le presentaron consternados conservadores ante el peligro que imaginaban.

Del 21 al 24 estuvieron llegando las tropas que habían hecho una larga y penosa travesía por derrumbaderos, quebradas, barriales y bosques, persiguiendo a un enemigo que se evaporaba.

El 24 por la mañana llegaron en la *Boyacá*, una lancha y dos veleros, el general Castro y el coronel Ortiz con el resto de las tropas; sólo quedaba en La Chorrera una compañía de Granaderos a órdenes del capitán Niño, a la que posteriormente se ordenó trasladarse a la capital provincial, pues Albán quería que todas sus fuerzas estuviesen allí listas para la lucha.

Hacía seis días que los liberales dominaban Colón, abriendo la correspondencia y recaudando impuestos como un verdadero Gobierno; y si la ciudad —pensaba Albán— continuaba más tiempo en su poder, allí podrían recibir elementos de toda clase para afianzar su poder bélico. No le quedaba entonces más remedio que atacar rápidamente aquella plaza con el fin de desalojar a los revolucionarios.

Al jefe de Estado Mayor, general Castro, en cuanto llegó con su tropa, sin darle tiempo a un pequeño descanso después de ocho días de fatigas, Albán le ordenó meterse en el tren de la tarde para dirigirse hacia Emperador, donde había aparecido el grueso del ejército de Domingo Díaz, al mando del general Jesús María Lugo.

Cinco minutos antes de que saliera el tren, el general Castro notó que hacía falta un cañón, por lo que por orden de Albán salió a buscarlo personalmente. Cuando regresó con el arma, el tren había partido. Muy preocupado, partió a pie con su ayudante, un policía y dos civiles conservadores. Llegó como a las 11 de la noche, cuando los liberales habían sido derrotados por el mismísimo general Albán.

El combate de Emperador

Cometieron los liberales el gran error de dividirse por toda la línea, desde Río Grande Superior hasta Emperador. Se habían hecho fuertes en las colinas vecinas al campamento francés (de construcción del canal) los batallones *Uribe* y *Victorioso*. Un poco más a la falda estaban los *Escuadrones*, al mando del coronel Miguel Hoyos, y su segundo el mayor Rafael Zúñiga G. Un poco más tarde, después de rotos los fuegos, llegó el batallón *Vargas Santos*.

Eran en total más de doscientos hombres, ubicados en magníficas posiciones, ocultos por el monte y con algunas trincheras. En cambio, la fuerza gobiernista avanzaba al descubierto por toda la carrilera, en este orden: el *Colombia*, al mando del coronel Ortiz; el *Granaderos*, al mando del coronel Luis C. Morales; después el *21 de Cali*, al

mando del comandante Orsindo Quijano, seguidos del *Sánchez, Magdalena* y *Mompox*.

El tiroteo se inició con resolución de una y otra parte. El general Albán, en medio de nutrido fuego, avanzaba con impasible frialdad. En una de esas arremetidas, una bala dio en su caballo, que lo derribó instantáneamente. Ya esto pasaba de noche, apenas alumbrado el escenario bélico por una luna opaca y nebulosa.

A pesar del traspié, y observando que por el frente la resistencia liberal era obstinada, resolvió disponer un movimiento envolvente que los flanqueara. Para ello envió al *Colombia* por la derecha y al *21 de Cali* y *Granaderos* por la izquierda, los que ascendieron por la cuesta hasta tomar las posiciones más importantes de los revolucionarios que comenzaron a retirarse.

El combate terminó a las diez y media de la noche. Los liberales perdieron al coronel Miguel Hoyos y al mayor Zúñiga. «Había entre sus muertos varios jamaiquinos y gentes del interior, con los que sus bajas ascendieron como a cuarenta».[23]

Las pérdidas de los gobiernistas fueron también numerosas: quince muertos y como veinte heridos; entre los primeros el capitán Marco T. Perilla y un teniente.

Como a las nueve y media llegó un telegrama a la ciudad de Panamá —muy despierta a la sazón en expectativa de los sucesos— por lo que la ansiedad creció al conocerse la muerte del caballo del general Albán y de las numerosas bajas, todo lo cual «era indicio de una victoria dudosa».

«Sin embargo —recuerda Velasco— fue a la una y media de la mañana cuando otro telegrama nos dio la tranquilidad perdida, afirmando el completo triunfo sobre los revolucionarios. De estos, unos se extraviaron en la montaña, otros llegaron al campamento de El Arado, donde encontraron a don Domingo y Lugo, y unos pocos siguieron por la carrilera hasta Matachín. Aquí tomaron un tren que los condujo a Colón, donde Barrera procedió a organizarlos para acudir a

San Pablo. Parecía, pues, que por falta de jefes ya la resistencia sería leve, sobre todo cuando la lucha se reducía a vencer los dos batallones que guarnecían a Colón, el *Iturralde* y el *Robles*, reforzados con unos pocos fugitivos...».[24]

La permanente presencia norteamericana

A lo largo de todo el conflicto, los Estados Unidos no dejaron de seguir bien de cerca, principalmente a través de su fuerza naval, el desarrollo de los acontecimientos. Ya en abril de 1900 —por ejemplo— el comandante Mead se presentó ante Porras inquiriendo autoritariamente sobre sus intenciones y planes. A lo largo de 1901 la situación no había cambiado. En el mes de noviembre, en la bahía de Panamá se encontraba estacionado el crucero *Iowa* al mando del capitán Perry; y frente a Colón, los buques *Machias* y *Marietta*, comandados por Henry McCrea y Francis Delano, respectivamente.

La amenaza de un ataque sobre las terminales, estaciones y trenes del ferrocarril a lo largo de la vía transístmica, había provocado que los tres comandantes estadounidenses estuvieran listos a desembarcar sus tropas para defenderlos de cualquier situación de peligro; intención que por esos días comunicaron al general Albán.

Al respecto, el conservador Velasco comentaba: «Existe un tratado con los Estados Unidos por el cual esta potencia se impone la obligación de favorecer los intereses nacionales en Colombia y a ésta da el derecho de llamar su fuerza cuando lo crea necesario. Pero este expediente, tan halagüeño en sí, puesto que es el valladar del débil contra el fuerte, es tan peligroso en tratándose de una gran potencia, como jugar con una barra encendida al rojo.

«No es de ahora esa cautelosa protección que tan gráficamente pinta Bello en su fábula del Toro y el Caballo que termina con el subyugamiento del protegido. Por ello, en términos elocuentes, aconseja a los pueblos hispanoamericanos que en sus disputas intestinas no